

* Incluye la recepción de información sobre las actividades del CSCA y materiales editados

Nombre y apellidos:

Dirección:

Localidad: CP: Provincia:

Teléfono/s: e-Mail:

Fecha:

MODALIDAD DE SUSCRIPCIÓN

Tipos de tarifa	España	Resto del mundo
▶ Individual	23,08 € <input type="checkbox"/>	35,10 € <input type="checkbox"/>
▶ Colectivos / organizaciones	25,09 € <input type="checkbox"/>	40,25 € <input type="checkbox"/>
▶ Instituciones	35,10 € <input type="checkbox"/>	50,40 € <input type="checkbox"/>
▶ Suscripción de apoyo	35,10 € <input type="checkbox"/>	50,40 € <input type="checkbox"/>

FORMA DE PAGO

Ingreso en c/c: 0049 3102 90 221 4022706 remitiendo resguardo bancario del ingreso al Apartado de Correos 14.180 – 28080 Madrid

Domiciliación bancaria

Titular de la cuenta: NIF/CIF:

Nombre de la entidad bancaria:

Dirección de la entidad: Localidad:

Nombre del titular

Cuenta bancaria: (C.C.C.)

--	--	--	--	--

--	--	--	--	--

--	--

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

ENTIDAD
OFICINA
D.C.
Nº DE CUENTA

Ruego que atiendan con cargo a mi cuenta/libreta con los datos arriba indicados los recibos que periódicamente les remita **CSCA-Madrid** en concepto de suscripción a la revista *Nación Árabe*.

Fecha: Firma del titular:

¿Dónde encontró la revista *Nación Árabe*?

Where did you find the review *Nación Árabe*?



▲ **Abraham Horresh Setti**, brigadista iraquí que acudió a luchar en defensa de la República española desde Uruguay, su residencia habitual. (Archivo RGASPI, Moscú)

“Soy un voluntario árabe y he venido para defender a Damasco en Guadalajara, a Jerusalén en Córdoba, a Bagdad en Toledo, a El Cairo en Cádiz y a Tetuán en Burgos”

NAYATI SIDQI RECUERDOS DE UN COMUNISTA PALESTINO EN LA GUERRA DE ESPAÑA

En 2002 aparecieron editadas, en lengua árabe, las Memorias de Nayati Sidqi¹, un político e intelectual palestino que durante el primer año de nuestra Guerra Civil pasó cinco meses (de agosto a diciembre) en España colaborando con el PCE.

Se trata, pues, de un texto de innegable importancia para el conocimiento de una parte de la historia árabe moderna y también de la nuestra, y por ello traducimos ahora el capítulo octavo del libro, en el que su autor relata su estancia en Madrid y detalla los pormenores de su actividad política junto a sus camaradas españoles.

Nayati Sidqi nació en Jerusalén en 1905 y muy joven comenzaron sus contactos con el movimiento comunista palestino. Ingresó en el Partido en 1924. Poco tiempo después y sin conocimiento de su familia se trasladó a Moscú para ingresar en una universidad soviética, conocida como KUTV [véase la nota 8], donde se licenciaría en 1929 con una Tesis sobre el nacionalismo árabe. De regreso a Palestina, continuó con sus actividades políticas clandestinas —burlando el control británico y pasando por la cárcel en varias ocasiones— y en 1933, y a instancias del Comité Central de su partido, pasó un tiempo en París, donde fundó un periódico en lengua árabe que durante tres años se distribuyó clandestinamente en varios países árabes. Cuando regresó de nuevo a Moscú recibió órdenes expresas de Manuilski, el famoso dirigente de la Komintern, para viajar a España y colaborar con el PCE en la organización de actividades propagandísticas entre los marroquíes sumados a las filas franquistas, e intentar su desertión y su paso al ejército republicano.

La labor de Sidqi en aquellos cinco meses debió de ser intensa: con el pseudónimo de Mustafá Ibnu Jala escribió artículos en varios diarios madrileños, realizó intervenciones radiofónicas, redactó pasquines en árabe que luego se distribuyeron entre los soldados marroquíes, e incluso viajó alguna vez al frente de batalla para arengarlos en directo. De todo ello pueden encontrarse detalles en las páginas de la traducción. Una de sus últimas actuaciones fue la fundación, junto a un grupo de jóvenes republicanos españoles, de la llamada Asociación Antifascista Hispano-Marroquí, cuya corta vida se debió en parte a la poca receptividad de los partidos

Introducción, notas y traducción:

Nieves Paradela

Arabista, profesora de la Universidad Autónoma de Madrid

1 Sidqi, Nayati, *Mudakkirat [Memorias]*, preparación y presentación de Hanna Abu Hanna, Beirut, *Mu'assasat al-dirasat al-filistiniyya*, 2002, 243 páginas. Años antes, y manejando copia mecanografiada de las Memorias, yo misma estudié la participación de Sidqi en nuestra guerra. Véase Nieves Paradela, “Acción política y estancia española de Nayati Sidqi”, *Temas Árabes*, Túnez-Madrid, 1987, pp. 121-142; asunto que vuelvo a tratar en *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*, Madrid, Ediciones UAM, 1993, págs. 239-248. (Este libro será reeditado próximamente en Siglo XXI.)

de izquierda (del PCE en concreto) hacia este tipo de iniciativas. Y aunque es cierto que hubo deserciones de marroquíes —algunos regresaron a Marruecos y otros se sumaron a las filas republicanas—, la misión de Sidqi no concluyó bien. Él mismo se queja en sus Memorias —si bien en un estilo contenido— de las suspicacias que despertaba su labor entre sus camaradas españoles, poco o nada partidarios de colaborar con “el moro” fuera éste el que fuera, y con nula sensibilidad hacia la cuestión nacional marroquí.

Su decisión de abandonar España y su negativa terminante a volver (desobedeciendo órdenes expresas de sus superiores jerárquicos) tuvo mucho que ver con ello. Comenzaron así unas difíciles relaciones con las cúpulas del PCE, del Partido Comunista Francés (PCF) y del propio Partido Comunista Sirio-libanés (presidido por Jaled Bakdash, con quien ya había disentido previamente sobre la cuestión del nacionalismo árabe) que motivarían finalmente su alejamiento y luego su definitiva expulsión del mismo.

Liberado ya de compromisos y coerciones partidistas, Sidqi trabajó como periodista radiofónico, como traductor, crítico literario y escritor. Falleció en Atenas en 1979².



LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

LA SORPRESA

UNA semana después de regresar de Tashkent, el camarada Manuilski me mandó llamar para preguntarme: —¿Estás siguiendo las noticias sobre la Guerra Civil que se ha desatado últimamente en España?—.

—Claro —repuse—, los periódicos informan de ella a diario, se celebran por doquier asambleas para apoyar a los republicanos, y en fábricas, institutos e instituciones públicas se recauda dinero para tal fin.

Luego, queriendo asegurarse del interés que yo tenía en la causa española, añadió:

—Bien, y ¿cuánto dinero se ha recaudado hasta ahora para los republicanos?

—En seis días, es decir, desde el 27 de julio al 3 de agosto (de 1936) han sido 12.145.000 rublos, que equivalen a 36.435.000 francos franceses. Y toda esa cantidad ha sido transferida al primer ministro español, señor Giral.

—Te he llamado para proponerte la idea de viajar a España, y que allí ayudes al Partido a organizar la propaganda árabe en los medios marroquíes. Ten

2 La traducción la he realizado desde el texto original editado por el profesor Abu Hanna (pp. 122-147). Por razones de espacio, he dejado de traducir los siguientes epígrafes del capítulo: “Introducción histórica”, “Los frentes”, “Los republicanos”, “Los militares republicanos”, “Los militares rebeldes”, “Las radios españolas”, “La batalla del Alcázar de Toledo”, “El ejército regular republicano” y “La defensa de Madrid”. Me han ayudado a mejorar algunos aspectos de la traducción, el propio trabajo editor de Abu Hanna y la traducción —ésta íntegra— del capítulo al francés, realizada por Abdellatif Ben Salem: “J’ai défendu la liberté des Arabes sur le front de Madrid. Mémoires d’un Palestinien dans la guerre civile espagnole”, París, *Revue d’Etudes Palestiniennes*, núm. 88, verano 2003, pp. 74-93.

la certeza de que la puesta en pie hoy de un movimiento independentista en el Marruecos español convulsionará el terreno en el que se asienta el general Franco y determinará el destino de todo el norte de África.

—Me alegrará mucho llevar a cabo esta misión.

Manuilski se levantó y apretándose las manos, dijo: “Haremos los preparativos necesarios para que viajes a París, y de allí a España. Te deseo suerte”.

DE CAMINO A ESPAÑA

La Komintern me proporcionó un pasaporte árabe *limpio*, y el 10 de agosto de 1936 regresé a París por vía aérea. Sobre las nueve de la noche, el avión hizo escala en Danzig, capital de la Prusia oriental, y allí subió un grupo de burgueses alemanes de ambos sexos, vestidos de fiesta, riéndose en voz alta y armando ruido. Gracias a mi vecino de asiento supe que iban a París para asistir a un baile y que por la mañana regresarían a Danzig.

En la capital francesa me puse en contacto con las instancias pertinentes del Partido Comunista Francés para que me organizaran el viaje a una España que ya ardía en la Guerra Civil. La tarea le fue encomendada a *Richard*, un trabajador administrativo del Comité Central, ya que Razumova³ había regresado a Moscú definitivamente.

A los tres días de estar en París, el trabajador en cuestión me dijo: “Esta noche coges el tren en la Gare de Lyon hasta la ciudad mediterránea de Perpignan, al sur de Francia. Una vez allí, vas al café Pyrénées que está al sur de la Plaza Mayor de la ciudad, preguntas por François Orlando y le entregas esta nota. Él te dirá lo que tienes que hacer”.

Y así fue. Por la tarde, Richard me acompañó a la estación de tren, y al despedirse me dijo en broma: “¡Ten cuidado... no te maten en España!”.

El tren enfiló el camino hacia el sur de Francia, recorriendo los 900 kilómetros que separan París de Perpignan, adonde llegamos el día siguiente. Enseguida me dirigí a la dirección que se me había proporcionado, contacté con François y le entregué la nota. Él, palmeándome los hombros, me dijo: “Esta noche cogerás un coche que te llevará a la frontera española... pero no vas a ser el único en ir al frente”.

Cerca de la una de la madrugada llegamos a Port Bou, una localidad española fronteriza con Francia. Nos detuvimos frente a una casa iluminada con luces eléctricas, en la que ondeaba la bandera republicana, con sus colores azul, verde y rojo [*sic*], junto a las de los partidos socialista, comunista y anarquista. Avanzamos hacia el interior, donde había un grupo de muchachos, milicianos de la República, fuertemente armados. Vestían ropa azul de trabajo, y en la cabeza llevaban unos gorros negros, parecidos a la *sidara* iraquí, de cuya parte delantera pendía una borla de color rojo.

Todo estaba en constante movimiento: chicos y chicas, hombres y mujeres, ardían de entusiasmo. Uno limpiaba sus armas, otra escribía a máquina, aquél revisaba un pasaporte o un pase, el de más allá acababa de llegar del frente y estaba pasando información valiosa, otro más aguardaba recibir órdenes...

Después de ser sometido a los procedimientos oficiales de registro y de haber obtenido un carné de voluntario más un pase para moverme por el terri-



3 Según nos informa el propio Sidqi en su libro era la delegada de la Komintern en París y la encargada de la relación con el Partido Comunista Francés.

torio republicano, tomé el tren hacia Barcelona, cuyos vagones rebosaban de voluntarios y de gente que los despedía... Había una vieja sentada al lado de su joven hijo al que decía adiós, mientras las lágrimas caían de sus ojos cansados. También había allí una joven en la flor de la edad que, lejos de todos, conversaba con su novio en tono quedo, mientras le dirigía miradas llenas de ternura y delicadeza. En un momento dado se quitó del cuello un collar de fina labra y lo puso en el de él. Después se abrazaron largamente hasta que, siguiendo el movimiento del tren que comenzaba a partir, se separaron poco a poco...

También había padres, madres, amigos y parientes, llegados para decir adiós a los jóvenes voluntarios que iban a Barcelona y, desde allí, a los frentes de batalla. El interior de los vagones parecía un escaparate de propaganda bélica. Las paredes estaban adornadas de carteles, de los que recuerdo uno en el que se veía a una chica con pantalones, remangada y tocada con una gorra de borla roja. En la mano izquierda levantaba un fusil hasta la cabeza, mientras extendía la derecha hacia delante, diciendo: “¡Ciudadano, tú puedes llevar armas y tu país te necesita! ¿Por qué no te unes a las milicias?” Recuerdo asimismo otro cartel que representaba unos cuantos brazos de color cobrizo cuyas manos, juntas, se alzaban a lo alto. En la parte inferior, la leyenda decía: “La unión hace la fuerza”. O, un tercero en el que aparecía un obrero con un fusil en una mano, y con la otra sujetaba a un hombre que temblaba de miedo, mientras le decía: “El saqueo es un acto innoble. Te castigaré con dureza”.

PASEO POR BARCELONA

Llegué a la bella y espectacular Barcelona, la capital de Cataluña, heredera de una gran civilización. Comencé a pasearme por sus amplias avenidas, en cuyas aceras había plantados naranjos —de la clase que nosotros conocemos como *abu-suffir*— que parecían estar iluminados por bombillas rojas. De repente, me encontré con un grupo de milicianos. Su jefe, creyéndome español, se acercó a mí y hablándome en español, me dijo:

—¿Por qué no te unes a nosotros? Sonriendo, le repuse en francés con todo el entusiasmo de la juventud:

—Soy un voluntario árabe y he venido para defender a Damasco en Guadalajara, a Jerusalén en Córdoba, a Bagdad en Toledo, a El Cairo en Cádiz y a Tetuán en Burgos.

En su rostro aparecieron señales de asombro y de alegría, y, en un mal francés, me dijo: —¿De verdad eres árabe? ¿Eres *moro* (es decir, marroquí)? Eso es imposible. Los marroquíes están con los fascistas asesinos, atacan nuestras ciudades, saquean nuestras casas y fuerzan a nuestras mujeres—.

—Esos marroquíes que hoy marchan con los generales fascistas —le repuse— ofenden con su comportamiento a los árabes y al islam, y sólo se representan a sí mismos. Han sido engañados, los militares españoles se han burlado de ellos, y en esa burla han colaborado algunos dirigentes marroquíes que vendieron su alma al diablo, como Abdeljalik Torres⁴.

El jefe de los milicianos se sorprendió con mis palabras y comenzó a

4 Político nacionalista marroquí (1909-1970). Justo en los años de la Guerra Civil española fundó un partido político (el Partido Nacional de la Reforma) muy cercano a los presupuestos

mover la cabeza de derecha a izquierda, como si no se creyese lo que estaba oyendo o como si dudase de la arabidad de la persona que le hablaba. Así que, interrumpiendo sus dudas, le dije:

—No soy el único árabe aquí. En las Brigadas Internacionales hay árabes ya, y otros están en camino⁵. Ten la seguridad de que muchos marroquíes que siguen a Franco comprenderán la verdad, desertarán y se sumarán a vuestras fuerzas. En nuestros países árabes hay millones de personas que simpatizan con la República española y apoyan la democracia porque su civilización y su tradición histórica están basadas en el principio de la auténtica representatividad.

El rostro del jefe miliciano y los de sus compañeros reflejaron alegría. No tardamos en abrazarnos y palmearnos los hombros. A continuación nos dimos la mano y uno de ellos me dijo:

—Hasta que nos veamos de nuevo en el frente del Centro, en Toledo y su magnífico alcázar árabe.

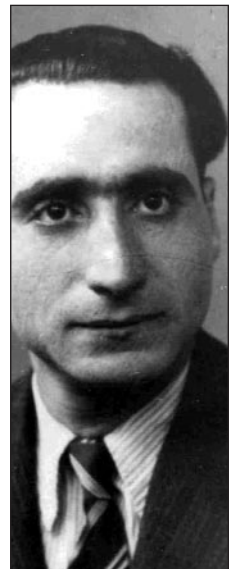
Seguí recorriendo las calles barcelonesas, sorprendido por lo que estaba sucediendo en aquella ciudad a la que se daba el nombre de “la Nueva York de España”: un indescriptible espíritu de colaboración, entusiasmo, actividad, alta moral, banderas rojas ondeando al lado de otras republicanas, mercancías nuevas expuestas en las aceras, como gorras de borlas rojas, insignias, estrellas y galones de colores que simbolizaban los variados partidos políticos. Vi también mapas de España colgados en los muros de las calles. Las zonas republicanas tenían tachuelas de cabeza roja y las franquistas, tachuelas de cabeza negra. La gente se arremolinaba alrededor de estos mapas, discutiendo con ardor sobre el desarrollo de la guerra.

La Plaza de Cataluña es el centro de la ciudad, su principal arteria comercial. Hay bancos y grandes almacenes, representaciones consulares, agencias comerciales y magníficos hoteles. A la izquierda de la plaza se alza un enorme edificio, conocido como el hotel *Colón*. Al comienzo del levantamiento fascista fue acuartelamiento de la guardia real y después se convirtió en fortaleza para los grupos fascistas sublevados. Cuando el pueblo de Barcelona los derrotó, el gobierno catalán emitió un edicto por el que el hotel quedaba a disposición del Partido Socialista Unificado de Cataluña... En la fachada del edificio podía verse todavía un panel de aproximadamente veinte metros sobre el que se distinguían las siguientes siglas: POS (Partido Obrero Socialista), PCE (Partido Comunista de España), USC (Unión Socialista de Cataluña) y POC (Partido Obrero Catalán)⁶. Una vez que el Partido Obrero Socialista se retiró de la Tercera Internacional, estos cuatro partidos acorda-

ideológicos y políticos de Franco, con quien colaboró estrechamente. Luego sería embajador de Marruecos en España.

5 Asunto, en efecto, poco conocido hasta hoy, pero cierto. Andreu Castells, en el libro citado en la siguiente nota, cifra su número en más de 700, aunque posiblemente el número sea mayor. Véase al respecto: Abdellatif Bensalem: “Les volontaires arabes dans les brigades internationales”, *Utruhah*, Túnez, 1989, pp. 60-70; del mismo autor “La participación de los voluntarios árabes en las Brigadas Internacionales. Una memoria rescatada”, en *Marroquíes en la Guerra Civil española. Campos equívocos*, Barcelona, Anthropos, 2003, pp. 111-131, y el trabajo de Salvador Bofarull en la sección Análisis de este mismo número de *Nación Árabe*.

6 Así en el original. Sidqi no señala, sin embargo, que estos nombres estaban escritos en catalán. En el libro de Andreu Castells *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España* (Barcelona, Ariel, 1974), aparece una fotografía (tras la pág. 80) que reproduce la fachada del hotel *Colón* por



ron unirse en el llamado Frente Popular e ingresar en la Komintern.

Entré al hotel para visitarlo en mi condición de voluntario extranjero. Apenas había puesto el pie en el vestíbulo, cuando un guardia armado me impidió el paso, solicitándome la documentación. Le mostré todos mis papeles y tras examinarlos me preguntó:

—¿A quién quieres ver?

—A un responsable de la Unión —repuse.

—Haré que alguien te acompañe al tercer piso donde está el secretario general —declaró.

Subí los tres pisos, asombrado de lo que veía: voluntarios de diversas nacionalidades, lemas, consignas, carteles revolucionarios de varias formas y colores, colocados sin orden alguno sobre las paredes... Todo era prisa y movimiento en aquel edificio que acogía a los partidos coaligados.

En el tercer piso me reuní con el delegado del secretario general a quien me presenté con estas palabras dichas en francés:

—Soy un voluntario árabe, llegado hoy de Francia (era el 15 de agosto de 1936) y de paso hacia Madrid. Querría conocer algo de Cataluña.

En tono cordial me contestó:

—Bienvenido sea el voluntario árabe, noble descendiente de quienes construyeron la Alhambra, esa admirable muestra de arte árabe. Bienvenido. Ahora te hablaré de Cataluña. Nosotros, catalanes, somos un pueblo autónomo que tiene su propia cultura y su propia lengua. Hemos combatido durante mucho tiempo contra los señores de Castilla y vertido sangre para ganar nuestra independencia nacional. Aunque también te digo que es imposible que Cataluña viva sin España. La independencia que queremos es la interna, es decir, la autonomía, para así participar efectivamente en la política general que lleva a cabo la autoridad central. Nuestro país es un gran centro industrial, cuna de la clase obrera y del movimiento sindical. Es natural, por tanto, que se haya adelantado a otras regiones españolas en la constitución de partidos políticos y sindicatos. Pero la característica más destacada de los obreros catalanes es que sólo cobraron conciencia política a través de la ideología anarquista de Bakunin y de su sucesor, el príncipe Kropotkin.

Continuó:

—Hoy, sin embargo, militan en varios partidos de distintas tendencias que, en los últimos tiempos, se han unido en uno solo, con el objetivo de derrotar con las armas a las fuerzas fascistas. Yo estoy muy feliz de ver realizada esta unidad, con la que he soñado toda mi vida.

Después de que los rebeldes intentaran hacerse con el poder en Cataluña (intento que frenamos nosotros con dureza), se pusieron de su lado los grandes industriales, los señores feudales, los adinerados dueños de bancos y muchas más personas que disfrutaban de enormes privilegios. Todos ellos comenzaron a combatir a los obreros por las calles, a dispararlos desde las ventanas de sus mansiones. Pero la gente se defendió y les contestó de forma parecida: hubo muertos, se hicieron prisioneros y otros varios huyeron. Cuando la situación se estabilizó y las aguas volvieron a su cauce, el gobierno republicano vio que las grandes empresas se habían quedado sin patrones

las mismas fechas en que Sidqi estuvo allí. En el panel descrito por él, lo que leemos es *Fusió dels partits Comunista de Catalunya, Federació Catalana del PSO, Catalá Proletari, Unió Socialista de Catalunya*.

capitalistas (quienes, traicionando a su país, se sumaron a las filas enemigas) por lo que las puso en manos de los sindicatos para que las administrasen a través de comités obreros. De esta forma se ha expropiado la gran industria catalana y es ahora el gobierno quien se responsabiliza de la producción y distribución de los productos.

Esta situación y estas medidas no son consustanciales al socialismo, sino fruto de las excepcionales circunstancias provocadas por la Guerra Civil, y su causa más directa ha sido la colaboración de los grandes capitalistas con los rebeldes... Insisto en que esto no es el socialismo, porque el actual sistema político aquí en Cataluña es republicano y, por principio, no cuestiona la propiedad privada de las industrias. Así pues, la expropiación ha sido algo forzado, un castigo impuesto por el gobierno a causa de la traición de quienes se han alineado con los enemigos del pueblo. Ahí está el ejemplo de Juan March, el gran financiero, dueño de muchas industrias y comercios en España, Marruecos y las Islas Baleares. Este hombre estaba a la cabeza de quienes financiaron generosamente a los enemigos de la República. ¿No fue preciso, pues, confiscarle sus propiedades?... Estate seguro de que nosotros no pondremos la mano sobre el comercio nacional ni sobre la pequeña industria porque sus dueños son republicanos demócratas que luchan junto al pueblo contra la caterva de generales rebeldes.

El Partido Socialista Unificado trabaja hoy con todas sus fuerzas para ayudar al gobierno central suministrándole desde nuestras fábricas tanques, blindados, cañones y bombas. Sin embargo, ciertos “elementos anarquistas”, procedentes de nuestras filas, se oponen en alguna medida a esta ayuda, alegando que todos esos equipamientos deberían servir sólo para la defensa de Cataluña.

Agradecí a aquel hombre su información y, cuando ya me disponía a salir, me alcanzó y me dijo sonriendo:

—¿Te gustaría conocer a un joven que habla árabe?

—Con gusto —repuse.

Al cabo de unos instantes, entró a la habitación un joven de unos veinte años, de piel trigueña, aspecto simpático y rostro sonriente. El delegado hizo las presentaciones, y el joven se alegró sobremanera al saber que yo había venido del oriente árabe como voluntario. Estrechándome la mano, me dijo: “Mírame bien, ¿no crees que parezco más árabe que tú? Además, me llamo Ismael...”.

Supe luego que su madre era árabe y su padre español. Había vivido en Argelia, Marruecos y Malta. Estaba disponiéndose a partir al frente de Castilla.

UN TIEMPO EN MADRID

Me trasladé a Madrid en tren el mismo día en el que las fuerzas franquistas, los marroquíes alistados en ellas a la fuerza, y la legión extranjera (compuesta de mercenarios europeos entre los que se encontraban oficiales rusos del viejo ejército zarista) marchaban hacia el norte, bien desde las localidades más alejadas del sur (a través del Guadalquivir), bien desde el suroeste (a través de Badajoz).

En el tren coincidí con un ingeniero español que hablaba inglés. La curiosidad le empujó a hablar conmigo y, cuando supo que yo era un periodista



árabe que iba a Madrid a cubrir la guerra, mostró un enorme interés y, dirigiéndose a su esposa que lo acompañaba, le dijo:

—Mira, es un joven árabe que viene del mundo árabe para dar información sobre la Guerra Civil española... ¿No es sorprendente?

Luego trató de convencerme de que fuera ecuánime en los artículos que escribiera y que no me alinease con ninguno de los dos bandos.

Ya en Madrid, me dirigí a la sede del Comité Central del Partido Comunista Español, situada en la calle de Serrano. Anteriormente había sido la sede del Comité Nacional del partido católico, presidido por Gil Robles. Allí presenté mis papeles y los dirigentes del partido me dieron la bienvenida. A continuación me informaron de que habían recibido instrucciones concernientes a mi llegada a Madrid, y me desearon éxito en mi misión, que era la de mostrar a los soldados marroquíes, tanto los que luchaban en el frente como los hechos prisioneros, el error en el que estaban incurriendo.

Los principales dirigentes comunistas españoles eran:

Dolores Ibárruri, apodada *La Pasionaria*, que quiere decir *madre amorosa*, tenía entonces 36 años. Era delgada, alta, de pelo y ojos negros, tranquila, de voz dulce y callada. Iba siempre vestida con el traje negro español. Fue la primera trabajadora que se afilió al Partido en los años treinta. Estaba preparando la delegación española que iba a representar a su partido en el VII congreso de la Komintern, que se celebraría en Moscú en 1936. Era, en resumen, la dirigente simbólica de la izquierda internacional. Tenía Dolores en aquel tiempo un hijo de 16 años que trabajaba en una fábrica en Moscú, y una hija que residía en un hogar para niños extranjeros en la localidad de Ivánovo, cerca de Moscú.

José Díaz, obrero procedente de Sevilla, era el secretario general del Partido. De constitución delgada, se quejaba de problemas de salud. Tranquilo y de temperamento afable, gozaba del respeto de sus camaradas y de otros dirigentes socialistas y republicanos.

Vicente Uribe era ministro de Agricultura y encargado de los asuntos marroquíes del partido. De origen vasco, había vivido en Tetuán (el Marruecos español). Era de mediana estatura y poseía grandes conocimientos de economía española y, especialmente, de agricultura. Era delgado, metódico y enérgico.

Pedro Checa era el segundo secretario del Comité Central. Muy delgado y de tez pálida, se ocupaba de los asuntos administrativos del Partido, concedía los permisos de seguridad y controlaba las actividades secretas de la quinta columna.

Antonio Mije era el responsable de los asuntos sindicales. Andaluz de nacimiento, se ocupaba de las cuestiones financieras del Partido y de la coordinación entre sus diversos comités.

Antonio Hernández era ministro de Educación. Alto y muy culto.

En aquel tiempo, el número de afiliados al Partido era de cerca de trescientos mil.

Provisionalmente me alojé en la sede del Partido. *La Pasionaria* nos trataba a todos con mucho afecto y a menudo servía la mesa, repartiéndonos la comida en la vajilla de plata abandonada por Gil Robles. Era una mujer que no ahorra esfuerzos en tratarnos con condescendencia y amabilidad.

Dos días después de haber llegado a Madrid, me trasladé a una casa de la misma calle de Serrano, cuyos acaudalados dueños habían dejado a causa de

su pertenencia al grupo de sublevados. Allí escribía proclamas en árabe, destinados a los soldados marroquíes, y artículos para algunos periódicos españoles que aparecían en Madrid, como *Mundo Obrero*, *Claridad*, *Informaciones*, *Heraldo de Madrid* o *Política*. Igualmente redactaba artículos para la prensa árabe, como uno que envié a *Al-Rábita al-Sharqiya* de Beirut, y cuyo jefe de redacción, Ibrahim Haddad, decidió publicar además de reproducir el sobre de la carta en la que se lo había remitido.

El Comité Central me puso en contacto con el camarada Vicente Uribe, ministro de Educación y encargado de los asuntos marroquíes. Adopté entonces el pseudónimo de Mustafá Ibn Yalla⁷ porque ese nombre tenía resonancias marroquíes y al tiempo era parecido al Mustafá Saadi⁸ de la Universidad y al Mustafá al-Umri⁹ del periódico *Al-Sharq al-Arabi*.

Llegaba a Madrid cuando la Guerra Civil estallaba por toda la ciudad...

EL POETA FEDERICO LORCA

Poco tiempo después de llegar a Madrid me dijeron que el general Varela había detenido en Sevilla al poeta y novelista español Federico García Lorca, conocidos por sus simpatías republicanas y socialistas. Amenazaron con ejecutarlo si el gobierno español llegaba a ejecutar a su vez al hijo de uno de los generales sublevados que estaba encarcelado en Madrid. Los dos bandos dialogaron a través de la radio, pero los republicanos cometieron un gran error al considerar el asunto cuestión de principios y ejecutar al hijo del general. Al día siguiente Lorca corrió la misma suerte en la guarnición de Sevilla.

García Lorca fue un glorioso poeta y un escritor muy implicado en la vida, las costumbres y las tradiciones de su pueblo. Entre sus obras teatrales están *Bodas de sangre*, *Yerma* y *La solterona*.

EL AERÓDROMO DE GETAFE

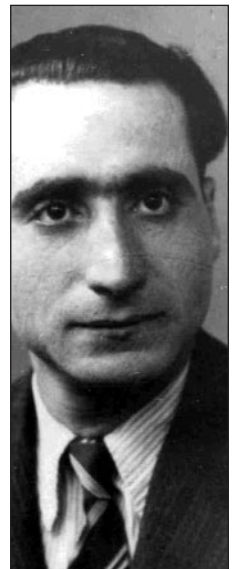
El 4 de noviembre de 1936, los rebeldes (y en primera línea las fuerzas marroquíes) bombardearon el aeródromo madrileño de Getafe, adentrándose en el parque de la ciudad, conocido como la Casa de Campo, y en la Ciudad Universitaria.

Durante la aproximación de los marroquíes a Madrid, el Comité Central se dispuso a celebrar una reunión de urgencia. Casualmente me encontraba entre ellos, y los camaradas consideraron que mi presencia allí sería algo inoportuna, así que me pidieron con franqueza que abandonara la habitación, ya que no era miembro del Comité. Vicente Uribe hizo un guiño al ordenanza Ortega y éste, tomándome del brazo amablemente, me condujo fuera de la sala. Luego me dijo: "Camarada Mustafá, tu grupo (es decir, los marroquíes) ha llegado a las puertas de Madrid".

7 Luego convertido en la prensa española en Mustafá Ibnu Jala, nombre con el que firmó sus artículos en la prensa española.

8 Era el pseudónimo que Sidqi tuvo durante su estancia de tres años, en la década de los 20, en una universidad soviética (conocida por las siglas KUTV) encargada de preparar cuadros comunistas tanto para las repúblicas musulmanas de la URSS como para el resto del mundo islámico.

9 Sidqi tuvo este otro pseudónimo mientras vivió en París (1933-1936), donde fundó *Al-Sharq al-Arabi*, un periódico clandestino que se distribuía por los países árabes.



Al día siguiente conocí al camarada francés André Marty, quien enseguida me preguntó:

—¿Qué vas a hacer si los rebeldes invaden Madrid?

—Y, ¿qué es lo que puedo hacer? —le repuse.

—En el mismo momento en el que las tropas fascistas entren en Madrid, debes refugiarte en la embajada británica, ya que su gobierno simpatiza con la República española y además tiene influencia en el otro bando. Por añadidura, tú eres un árabe de la zona del Mandato británico, así que no dudes que el embajador del Reino Unido velará por ti —concluyó.

VIAJE DE RECONOCIMIENTO

En el Comité Central me dijeron que una sección de oficiales pertenecientes a las Brigadas Internacionales iba a dirigirse al frente de Córdoba y que yo debía acompañarlos hasta allí para hablar con los soldados marroquíes prisioneros, y para invitar, a través de megáfonos, a los marroquíes que combatían con Franco a sumarse a las filas republicanas. También debía lanzarles mensajes escritos en árabe dialectal marroquí.

Cogimos el tren hasta Ciudad real. Allí nos montamos en vehículos que nos llevaron hasta la localidad de Campos Calatrava [*sic*] donde nos alojaron en una vieja venta parecida a las de Don Quijote de la Mancha. Bajo el pretexto de protegernos de las incursiones aéreas, nos llevaron a dormir a un gran corral del que emanaba un hedor insoportable. Así pues, salimos rápidamente para ir a refugiarnos a otro lugar en el que pasar la noche, aunque fuera exponiéndonos a un ataque aéreo.

A la mañana siguiente (era el 25 de septiembre de 1936) fuimos en coche hasta las primeras líneas del frente. Mientras atravesábamos Sierra Morena vimos un avión enemigo, por lo que el chófer nos ordenó escondernos en las faldas del monte hasta que se alejase. Desde luego que si nos hubiera visto, nos habría atacado. Finalmente llegamos al frente. Los miembros de las Brigadas Internacionales que venían con nosotros se unieron a los combatientes republicanos. A continuación, un oficial que sabía que yo era árabe se me acercó y me dijo:

—¿Quieres ver a los marroquíes?

—Sí —repuse.

Así pues, me condujo hasta un muro muy sólido y me indicó: -Mira por este agujero. Me asomé y vi a varios grupos de marroquíes enturbantados y preparados para entrar en combate. Cogí entonces un megáfono y grité:

—¡Escuchad hermanos...!

En ese instante, los marroquíes se pusieron a temblar y a mirar hacia el muro.

—Soy árabe como vosotros —proseguí—. He venido de un país árabe lejano y os aconsejo que desertéis de las filas de vuestros generales que os maltratan en vuestro propio país. Os vamos a recibir bien, pagaremos a cada uno su jornal, y al que no quiera combatir, le conduciremos de vuelta junto a los suyos, a su tierra y a su trabajo. ¡Viva el Frente Popular! ¡Viva la república! ¡Viva el presidente Azaña! ¡Viva Marruecos!¹⁰

10 Las últimas exclamaciones fueron dichas en español.

Justo cuando acabé mi discurso y se lo tradujeron al comandante del bando sublevado, el frente estalló en disparos por doquier. El oficial español me empujó a la retaguardia diciéndome:

—¿Qué es esto? ¿Has lanzado bombas desde la boca?

MIJAIL KOLTSOV

Después de regresar del frente sur, conocí en Madrid al corresponsal del periódico ruso *Pravda*, Mijail Koltsov, que desde el 3 de agosto de 1936 estaba cubriendo las noticias de guerra para su diario. Hablé con él en ruso sobre la misión que tenía yo encomendada y, tras escucharme con gran interés y anotar todos los datos al respecto, me anunció que enviaría a *Pravda* un artículo sobre mi labor y sobre la cuestión marroquí.

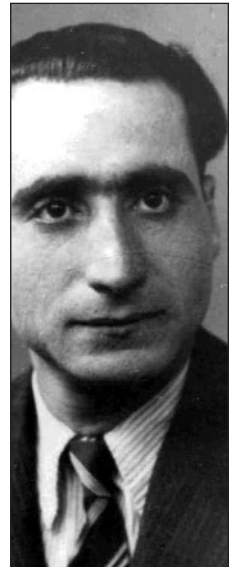
El 20 de septiembre de 1936, el periódico soviético publicó un artículo de Koltsov (basado en sus propios recuerdos) en el que hablaba de dos prisioneros marroquíes heridos, cuyo aspecto no inspiraba, desde luego, ningún terror... Decía a continuación que el número de marroquíes participantes en la guerra era de 20.000, hombres que ayer habían luchado junto a las tropas coloniales españolas contra Abdelkrim y que hoy lo hacían junto a Franco contra los obreros españoles. Describía a continuación la excelente puntería del soldado marroquí y su capacidad para economizar munición debido a su larga experiencia bélica en las zonas montañosas de su país. También se refería Koltsov a las brutalidades infligidas a la población civil inocente, a los robos, pillajes y violaciones cometidos por los sublevados y que eran atribuidos siempre a los *moros*, es decir, a los marroquíes. Continuaba su artículo: “Se está intentando ahora constituir un batallón formado con prisioneros y desertores marroquíes, tarea de la que se ocupa un joven árabe anti-fascista llamado Mustafá ibn Yala (en español, Ibnu Jala; en ruso, Ibn Kala). Este joven invita a los rifeños a apoderarse de las posesiones de los generales sublevados en Marruecos y de las tierras que controlan los legionarios. Mustafá Ibnu Jala ha escrito también:

“Si los mandos coloniales os han arrebatado las tierras más fértiles, ¿no es de locos luchar y derramar vuestra sangre para seguir bajo el dominio de estos malhechores?” Últimamente se han encontrado mensajes como éste en los bolsillos de varios marroquíes desertores y también en los de algún cadáver.”

A continuación, Koltsov criticaba al gobierno del Frente Popular por no haber concedido la autonomía a las provincias africanas, a semejanza de lo sucedido con el País Vasco y Cataluña en España.

Durante mis recorridos por los frentes, oía a menudo quejas de los soldados españoles relativas a la desconfianza que les inspiraban los soldados marroquíes. Me contaban que, cuando se aproximaban a las trincheras de las fuerzas marroquíes y los invitaban a gritos a sumarse a los republicanos, los marroquíes levantaban los puños gritando a su vez: “Yo estar rojo”, es decir, “yo también soy rojo”. Y cuando los españoles se acercaban para saludarlos, los marroquíes los atacaban con granadas...

Durante la batalla de Madrid, los marroquíes atacaron la Ciudad Universitaria, situada a las afueras de la capital, y llegaron a ocupar algunas zonas de la Facultad de Filosofía. Allí se encontraron un brigadista internacional francés y un corpulento soldado marroquí. Comenzaron a pelear sin poder separarse. El francés alargó la mano hacia el cinturón del marroquí y en



un cierto momento le arrebató una granada de mano con la que golpeó la cabeza de su adversario. La granada estalló y los mató a los dos.

LA HISTORIA DE SIDI YELLUL

Una mañana de diciembre de 1936, un miliciano republicano vino a informarme de que sus compañeros habían detenido por casualidad a varios soldados marroquíes:

—Los rebeldes iniciaron ayer un feroz ataque y sus fuerzas de vanguardia llegaron hasta la estación central de trenes. Entonces cuatro soldados marroquíes se adelantaron y, sin prestar atención a las bombas que caían por todos los lados, se acercaron a la ventanilla de venta de billetes y le pidieron al jefe que les cambiase algo de dinero que llevaban en billetes extranjeros. El hombre, en cuanto los vio, supo que eran marcos alemanes de los utilizados durante la primera guerra mundial. Eran de 20.000 y de 50.000 marcos, y el alto mando del general Franco los había repartido entre los voluntarios marroquíes por la escasez de dinero efectivo español y su gran devaluación —me dijo.

El miliciano que me contaba esto me mostró los billetes, de los que saqué fotos, y luego le rogué que me condujera a donde estaban confinados los cuatro prisioneros marroquíes.

Nos dirigimos al antiguo cuartel de la Guardia Real, situado cerca de las estatuas de Don Quijote y Sancho Panza, al final de la Gran Vía madrileña. En una amplia sala del cuartel vi a cuatro hombres marroquíes, tirados en el suelo, cubiertos de polvo, extremadamente fatigados y hambrientos. Los saludé en árabe, llamándoles *hermanos*. Ellos se incorporaron intentando sentarse, al tiempo que con su mirada me pedían ayuda y me manifestaban afecto. Comenzaron entonces a acercarse a mí esperando tal vez que yo fuera portador de buenas nuevas y pudiera salvarlos del apuro en el que se encontraban bien a su pesar.

—No temáis. Soy un periodista árabe que ha venido a España para conocer la verdad de la Guerra Civil, así que podéis contarme todo lo que os ha pasado desde que salisteis de vuestro país hasta que os hicieron prisioneros —les dije.

Y así es cómo se desarrolló el diálogo que mantuve con uno de los marroquíes:

—¿Cómo te llamas?

—Abd al-Qader ibn Abd al-Salam

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta.

—¿De qué localidad eres?

—De Larache.

—Y, ¿a qué te dedicas?

—Soy alfarero.

—¿Por qué te enrolaste en las fuerzas del general Franco?

—No fue por propia voluntad. Un policía de Larache vino a decirme que debía ir al tribunal. Cuando llegué a la comisaría, vi que allí estaban esperando muchos de mis paisanos. A los pocos minutos nos llevaron a todos, en coche, al aeropuerto, donde nos distribuyeron en secciones (cada una formada por 30 hombres) y nos obligaron a ponernos ropa militar, aunque no nos

dieron armas. Luego nos condujeron a donde estaban aparcados unos enormes aviones y nos ordenaron subir. Un grupo se negó a embarcar en uno de aquellos “pájaros locos” por miedo... y lo que consiguieron fueron golpes y cárcel. Los demás nos subimos al avión, sin saber que iba a aterrizar en pleno campo de batalla en España.

—Y, ¿qué os pasó después?

—El avión despegó. Íbamos como sardinas en lata, algunos vomitando sobre los otros. A las dos horas aterrizamos en Jerez y desde allí fuimos en tren a Sevilla. Luego nos trasladaron a Salamanca y a Cáceres, donde nos dieron instrucción militar durante tres días. Luego viajamos a Burgos, a Segovia y a San Rafael. La tarde del día en que llegamos, nos llevaron al frente de Peguerinos. Y al día siguiente, huimos a las filas republicanas, después de pasar cuatro días sin comer, vagando por caminos y sin saber a dónde ir.

—¿Qué tipo de propaganda antirrepublicana recibíais?

—Nos mantenían alejados de los asuntos políticos, porque sólo querían que fuéramos soldados... aunque a veces los oficiales marroquíes nos decían que los *rojos* eran los responsables de la miseria de Marruecos y que la providencia divina nos había enviado a los *generales* para salvar Marruecos y a los marroquíes.

—¿Qué te llevó a huir de las filas franquistas y refugiarte en las republicanas?

Mi interlocutor vaciló algo y se puso a reflexionar. Luego levantó la cabeza y en un tono lleno de natural simpleza y fe elemental, me dijo:

—La noche que huí, había visto en sueños al *sheij* Sidi Yellul¹¹ que me dijo: “Abd al-Qader, hijo mío, tienes que levantarte ahora mismo e ir a las posiciones del gobierno de los *Ayat Larbain*¹². Escoge a algunos compañeros en los que confíes y partid todos”. Yo me levanté aterrorizado, obedecí a Sidi Yellul y desperté a estos tres que ves aquí. Entramos en el bosque y nos pusimos a caminar, en paralelo a los postes del teléfono, hacia la zona republicana. Nos perdimos y estuvimos cuatro días sin comer más que hierbas silvestres. A la tarde del cuarto día, nos salió al paso un grupo de milicianos republicanos, tiramos las armas y levantamos las manos en señal de rendición.

—Y si vuelves a ver en sueños a Sidi Yellul y te dice: “Abd al-Qader, hijo mío, regresa por donde has venido”, tú ¿qué harás?

El pobrecillo se puso pálido y musitó algo sin saber qué responder. Al cabo de algunos segundos de duda y de intercambio de miradas con sus compañeros, dijo:

—Pase lo que pase, no regresaré nunca.

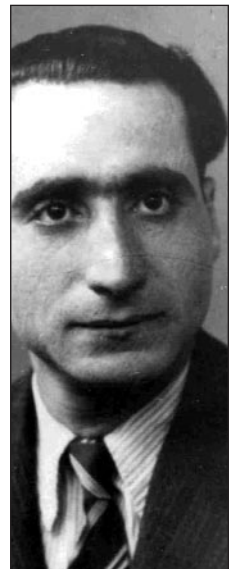
—¿Aunque contravengas a Sidi Yellul?

—Aunque así sea.

—¿Qué deseáis hacer ahora? ¿Queréis regresar a Marruecos o preferís quedarnos aquí?

—Si vamos a Marruecos, volveríamos de nuevo a España. Preferimos quedarnos aquí como prisioneros hasta que termine la guerra.

Dejé a aquellos pobres hombres, tras prometerlos que intercedería por ellos ante las instancias competentes. Iba a salir ya de la habitación, cuando Abd al-



11 Santón marroquí, cuyo morabito se encuentra cerca de Larache.

12 Literalmente, “Los signos de los cuarenta”. Se trata de una expresión popular marroquí para designar a la República española, por creer que estaba dirigida por cuarenta hombres.

Qader me gritó:

—Señor... señor... Mire este escrito que unos aviones nos lanzaron hace una semana. Dice cosas muy buenas...

El marroquí sacó de su turbante un papel que había sido doblado con cuidado y me lo dio. Lo abrí y esto es lo que decía en árabe:

“Ministerio de Propaganda de la República española:

En el nombre de Dios, Clemente y Mismicordioso,

¡Soldados marroquíes musulmanes..! Dios y Su profeta os ordenan que no obedezcáis a quien os empuja al mal, a la perdición y a cometer actos perniciosos. Es preferible que huyáis de las filas del general Franco, llevándoos las armas. El gobierno de la República promete que protegerá vuestras vidas, os hará volver a vuestro país, allí donde vuestras mujeres y vuestros hijos mueren de hambre. Quien se quede junto a Franco, morirá lejos de su casa y de su familia, mientras que quien se venga con nosotros salvará su alma y le pagaremos diez pesetas al día.

La paz sea con vosotros”.

CELEBRIDADES INTERNACIONALES

La Guerra Civil española logró atraer a muchos nombres conocidos del pensamiento, la literatura y la política, o a quienes serían famosos algo después. Llegaron por tres razones: para tomar parte en la lucha, para una visita fugaz o para participar en el Congreso Internacional de Escritores que tuvo lugar en Valencia, el 4 de julio de 1937, y que fue trasladado al Madrid en guerra el 6 del mismo mes. Entre estos nombres conocidos, citaremos a los siguientes:

Josip Broz, *Tito* (nacido en 1891), militante comunista en su país, fue encarcelado durante cinco años (de 1928 a 1933). En 1936 viajó a España como un simple voluntario, casi de incógnito y se enroló en el primer batallón de las Brigadas Internacionales con 25 años de edad. Participó en la batalla de Madrid y alcanzó una gran experiencia que luego le resultaría muy útil en la guerra de liberación de Yugoslavia contra el invasor alemán durante la segunda guerra mundial. A continuación se convirtió en presidente el estado yugoslavo y en comandante supremo de sus fuerzas armadas.

André Malraux (1901-1976). Se trasladó a China en 1925 y en Cantón se afilió al “Comité de los Doce”, dependiente del partido Guomendang. En 1937 viajó a España y se sumó a las fuerzas republicanas. Trabajó en la constitución de una fuerza aérea de voluntarios extranjeros, y él personalmente sirvió como ametrallador en varias misiones de la aviación republicana. Fue herido dos veces. La Guerra Civil española le inspiró su novela *La Esperanza*, que relata la historia de un hombre que muere e vano sin haber podido eliminar el fascismo de España.

Ernest Hemingway (1899-1961). Llegó a España el 25 de marzo de 1937. Visitó el frente de Guadalajara donde los republicanos, comandados por Lister y Lukács, obtuvieron una aplastante victoria contra las tropas de Mussolini. Tras inspeccionar dicho frente, dijo: “Este es el comienzo de la victoria contra el fascismo”. Hemingway hizo del hotel *Florida*, situado en la Gran Vía de Madrid, su domicilio habitual y desde allí partía a los frentes para estudiar e investigar. Conoció a muchos combatientes españoles y brigadistas internacionales, se mezcló con campesinos (revolucionarios o no), hombres todos ellos de los que obtuvo gran cantidad de información que luego (en

1940) le permitiría publicar su conocida novela *Por quién doblan las campanas*. Se trata de una obra de gran tensión dramática, protagonizada por personajes muy jóvenes, como por ejemplo la miliciana Pilar, y cuya idea general quedaría dicha así: la pérdida de la libertad que acontece en un lugar cualquiera, produce irremisiblemente la misma sensación de pérdida en todos los demás lugares. Es decir, que el que cualquier facción de los españoles (o de cualquier otro pueblo) sacrifique su libertad en una guerra para obtener un fin preciso, hace que toda la humanidad sienta como propio ese mismo sacrificio. Al fin, Hemingway no vio en España ni vencedores ni vencidos y por eso, en su opinión, las campanas doblaban por todos.

George Orwell, inglés, cuyo verdadero nombre era Eric Blair, nació en la India en 1903. Llegó a España en 1937, luchó en las filas republicanas y fue herido. Falleció en Londres en 1950. La Guerra Civil española le inspiró un libro titulado *Homenaje a Cataluña* en el que narra la historia de un voluntario inglés que resulta gravemente herido en uno de los combates, y que luego huirá y se esconderá al ver cómo los militantes de los distintos partidos políticos dirimen sus diferencias ideológicas por las calles de Barcelona.

Arthur Koestler, húngaro, nació en Budapest en 1905. Trabajó como periodista en 1928 en Berlín, París, El Cairo y Londres... En 1936 el periódico *News Chronicle* le envió a España para cubrir la guerra, y sus artículos fueron muy duros contra los sublevados. Por entonces, salió en Londres un libro suyo titulado *España inmolada* [sic] que indignó mucho al general rebelde Queipo de Llano, quien juró que él mismo lo mataría si caía en sus manos. Pocos meses después, los sublevados lo capturaron en Málaga. Fue torturado y condenado a muerte, aunque la sentencia no llegó a cumplirse gracias a las presiones del gobierno británico. Una vez liberado y de vuelta a Inglaterra, publicó un nuevo libro titulado *Diálogo con la muerte* en el que describió las torturas a las que le sometieron los fascistas españoles.

LA ASOCIACIÓN HISPANO-MARROQUÍ

Cierto día que estaba sentado en mi despacho de la calle de Serrano, vino un miliciano a decirme que en el portal había una muchacha española que quería hablar conmigo.

—¿Cómo se llama y qué quiere? —pregunté.

—Se llama Carmen y dice que es de origen árabe —repuso.

—Ahora voy —concluí.

Dejé el despacho y bajé las escaleras hasta el portal del edificio. Allí vi a una joven de unos 20 años, de estatura mediana, piel clara, y ojos y pelo oscuros. Me sonrió y, dándome la mano, me dijo en francés:

—Me llamo Carmen. Soy española, aunque con antepasados árabes.

—Bienvenida. Encantado de conocerte.

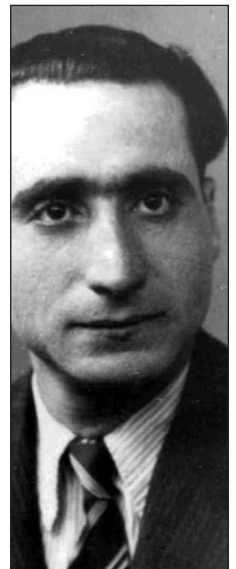
—He leído en *Informaciones* un artículo tuyo sobre los marroquíes y, si fuera posible, me gustaría conversar contigo sobre el tema.

Observé su aspecto, su rostro y su mirada, que derrochaban inocencia y sinceridad. Así que le dije:

—Telefonéame mañana y concertamos una cita.

Ella mostró satisfacción y, tras apuntarle el número de teléfono, me dio la mano y siguió su camino.

Comenté el asunto con los camaradas, quienes me dijeron: “Ayer conocis-



te a Omar al-Wazzani, el estudiante marroquí, hoy a una chica de origen árabe... Así es cómo crece la colonia árabe. Entrevístate con ella”.

En efecto, la bella Carmen me puso en contacto con un grupo de jóvenes republicanos españoles que trabajaban a favor de la cuestión marroquí y de la hermandad entre españoles y marroquíes. Celebramos varias reuniones y convinimos en crear una Asociación Hispano-Marroquí¹³ que tendría los siguientes objetivos: primero, hacer propaganda en los frentes de batalla para conseguir que los soldados marroquíes se pasaran a las filas republicanas y para convencerlos de que la República les iba a dejar decidir su propio destino; y segundo, hacer comprender a los soldados españoles que los marroquíes no eran un bando en la Guerra Civil, sino que, a base de engaños, habían sido obligados a luchar, a causa de la miseria y de las nefastas condiciones de vida provocadas por el colonialismo español.

La Asociación comenzó su labor. Le buscamos un despacho, ideamos un sello identificativo y elegimos a la joven Carmen como secretaria. Yo realizaba este trabajo completamente convencido de su interés, pero cuando la noticia llegó a los periódicos, los camaradas españoles me lo reprocharon diciéndome que recelaban de la existencia de una asociación de ese género. Yo defendí mi postura afirmando que solo no podría llevar a cabo una labor productiva y que debería crear un *movimiento* en el que marroquíes y españoles me ayudasen en la tarea. La Asociación continuó funcionando hasta que abandoné España. Luego dejé de recibir noticias. Recuerdo que los camaradas españoles mantenían cara a los marroquíes y a la cuestión marroquí una postura más teórica que práctica. Notaba en ellos, y especialmente en Vicente Uribe, una absoluta falta de confianza hacia cualquier marroquí. Más de una vez les hice reparar en las ejecuciones de soldados marroquíes prisioneros, y yo sentía en el fondo del corazón que mi misión estaba fracasando. Debía buscar un camino más útil y eficaz para influir en los soldados marroquíes y, en general, en todo el Rif. Este camino fue el establecimiento de una emisora secreta de radio en Argelia que emitiría en árabe clásico y en los dialectos marroquí y cabileño. ■

13 La prensa española se refirió a ella en alguna ocasión, llamándola Agrupación Antifascista Hispano-Marroquí.